

El cuerpo

Fátima Monserrath Velador Dávila

La doctora Gerra estuvo en desacuerdo desde el inicio. La idea de permanecer en la misma habitación con aquel cuerpo le parecía escalofriante. La perturbaba, sobre todo, el hecho de que el cabello, las cejas, las pestañas y las uñas estuvieran tan bien conservadas, como congeladas en el tiempo desde el momento en que ese individuo fue sepultado, un centenar de años atrás.

—Es fascinante, ¿no lo cree, doctora? —la intervención de una de sus colaboradoras le sobresaltó y reconfortó en partes iguales. El silencio fúnebre que reinaba en el cuarto desde que el doctor Diong salió rumbo al laboratorio central, se había roto finalmente.

—Muchísimo —dijo la doctora Gerra sin procurar siquiera disimular la mentira—. Este descubrimiento será solo el principio para entender muchas de nuestras mayores debilidades inmunológicas.

Ella entendía la importancia de aquel hallazgo. La celebró cuando el doctor Diong le notificó hacía tres meses cuando, tras años de excavación por el desierto del Alto, cerca del mar del Norte, encontraron el cuerpo. El hallazgo y su posterior traslado fueron transmitidos por varias televisoras pues, aunque un grupo numeroso de conservadores protestaba por darle sepultura digna, la comunidad científica sostenía su postura sobre la necesidad de hacer uso del cuerpo para estudios avanzados de biología, medicina y antropología. Este viajero del tiempo resolvería dudas milenarias sobre el pasado del hombre.

No obstante, la doctora Gerra jamás consideró la idea de permanecer en soledad frente a aquella cosa. Antes de aquel día ignoraba incluso su verdadero aspecto, imaginándolo como un cadáver contemporáneo, un ser similar a ella, cuando se trataba de un humanoide diminuto y con poco pelo, de ojos pequeños para el estándar actual. El doctor Diong fue el único del equipo presente cuando se encontró la cámara, un cuarto diminuto y hundido por la arena del desierto, algunos siglos atrás. Cuando supo estos detalles, supuso enseguida que el hallazgo constaría de algunos huesos huecos y jarrones vacíos, pero estaba equivocada.

El cuerpo tenía aún el aspecto de un hombre dormido. En el que fuera su semblante se leían tristezas y dolores vívidos, como si apenas ayer hubiera suspirado por ellos. Además, el árido clima en que permaneció todos esos siglos le permitió conservar la piel y gran parte de su carne. Las ropas estaban tan bien teñidas que seguían de un rojo intenso, mientras su mano conservaba una postura rígida y semicircular, como si antes de morir se hubiera afe-

rrado a algo. Se aseguraría de preguntar al doctor qué cosa era.

A pesar de estas particularidades que causaban intriga en la doctora Gerra, como sucedería con cualquier investigador de su calibre, no podía evitar titubear cada que lo examinaba. En el pasado su labor como arqueóloga forense la había llevado a estudiar huesos humanos, casi siempre en fragmentos, para intentar descubrir las circunstancias que llevaron a esos individuos a los sitios en que murieron.

Recordaba, por ejemplo, que luego de recuperarse de su segundo parto y habiendo superado la corta etapa de amamantamiento, siguió al doctor Diong hasta la Selva Negra, al sur del país, para analizar en persona los cabellos y huesos encontrados en sus profundidades. Se trataba de un cráneo en pésimas condiciones, enmohecido y contaminado por la humedad del sitio. Un círculo perfectamente cortado en el área frontal confirmaría un deceso violento por un arma de gran alcance.

Por desgracia aquella fue la última vez que la doctora se aventuró junto a sus colegas en una expedición de ese tipo. Los resultados fueron decepcionantes, pues la descomposición del cráneo y el deterioro de los tejidos internos agudizó la investigación, con la única certeza de que perteneció a un varón. El instituto que financiaba la mayoría de las expediciones dependía de los hallazgos para continuar con el apoyo al laboratorio, por lo que luego del viaje a la Selva Negra retiraron su inversión y rompieron el contrato de la campaña siguiente, dejando a los científicos a su suerte. Los estudios locales continuaron, con éxitos escasos, por los siguientes años. Se redireccionaron hacia el desierto del Alto, donde algunos de los pobladores más viejos aseguraban que las leyendas en torno a la existencia de ruinas de alguna civilización antigua eran reales. El descubrimiento de este cuerpo momificado representaba la cumbre de estos esfuerzos.

Todos los pensamientos sombríos que atormentaban a la doctora desde que entró en el salón se disiparon luego de escuchar a lo lejos el característico sonido de las botas del doctor Diong. Entró con prisa y sudoroso, seguramente por haber su-

bido corriendo todas las escaleras que precedían a la sala sur del laboratorio forense. Se acomodó el cabello antes de hablar.

—Al fin lo tengo. Esos idiotas del cuarto de resultados me pusieron mil trabas para tener el disco. Toda una burocracia. Pero espera a que veas esto.

Enseguida conectó el disco y procedieron a analizar las proyecciones generadas. Los resultados eran tajantes y precisos. Se trataba de un masculino de treinta y siete años, con ascendencia mixta, muerto por envenenamiento hacía mil doscientos ochenta y cuatro años. Dejó a la doctora hacer sus anotaciones para que continuara con la examinación.

A pesar de que los datos eran sorprendentes, no pudo evitar decepcionarse por el hecho de que el cuerpo no pertenecía al periodo que ella tanto había investigado, el que le trajo publicaciones y ofertas de trabajo desde que se condecoró como médica casi quince años atrás. Por el contrario, era bastante más antiguo.

—¿Quiere decir que este hombre murió en...?

—En el año 2041 —se apresuró en contestar—. Varios años antes de que se diera el deshielo total... espero que este hecho no te aleje de la investigación, puedes usar los resultados para redactar un contexto más amplio para tus estudios de doctorado.

La doctora Gerra se limitó a sonreír con amabilidad, negando la posibilidad de dejarlo abajo en sus labores forenses. Antes de marcharse a su estudio con el maletín lleno de notas, muestras y fotografías, se detuvo a preguntar al doctor si había encontrado el objeto que el hombre sostenía en la mano derecha mientras murió, solo por la curiosidad que le causaba.

—Sí, fue una especie de cajita de metal con unos botones diminutos a sus lados. Se lo entregué a los historiadores del laboratorio central para que nos dieran detalles más específicos. Uno de ellos cree que es un dispositivo de comunicación a distancia. No pude evitar reírme en su cara. ¿Puedes imaginarlo? Un sistema de comunicación así de complejo hace más de mil años, cuando el electromagnetismo se encontraba aún en pañales. Menu-da broma la que quisieron hacerme.